

Homilía de
MONS. DEMETRIO FERNÁNDEZ GONZÁLEZ, OBISPO DE TARAZONA,
 en la Misa Crismal. Colegiata del Santo Sepulcro de Calatayud
 Calatayud, 4 de abril de 2007

Queridos hermanos sacerdotes que concelebráis conmigo el “Sacramentum caritatis”, queridos diáconos, que asistís a la consagración del santo Crisma con el que serán ungidas vuestras manos de presbíteros en fecha próxima, queridos seminaristas, que os preparáis para el sacerdocio ministerial.

Queridos hermanos y hermanas en el Señor, pueblo santo de Dios, ungido por el Espíritu Santo en el bautismo y en la confirmación. Saludo cariñosamente a D. Juan Cruz y a D. José Galindo que han sido galardonados recientemente por el Papa Benedicto XVI con sendas distinciones pontificias. Enhorabuena.

A todos, Jesucristo nos ha convertido en un reino y hecho sacerdotes de Dios, su Padre. A Él la gloria y el poder por los siglos. Amén

La Misa crismal se celebra siempre en torno al Obispo

Estamos celebrando la Misa Crismal. Es una ocasión singular y única a lo largo del año litúrgico. Cuando nos disponemos a celebrar los grandes misterios de nuestra Redención, la pasión y muerte del Señor que desembocan en la fiesta gozosa de la Resurrección, hacemos esta estación de la Misa Crismal, donde consagramos el Crisma de la salvación, que habrá de emplearse en los sacramentos del bautismo, de la confirmación y del orden sacerdotal, para configurarnos con Cristo sacerdote, y donde bendecimos el Óleo de los catecúmenos, que fortalece al cristiano en la lucha contra el mal y contra el maligno y el Óleo de los enfermos, que santifica el sufrimiento humano convirtiéndolo en cruz redentora unida a la cruz del Señor.

La consagración del Crisma y la bendición de los Óleos son como un signo de la fecundidad de la Iglesia madre, la Esposa de Cristo, que santifica a sus hijos por medio de los sacramentos. Toda la Redención de Cristo actúa en la Iglesia por medio de los sacramentos y por la eficacia del Espíritu Santo, que a través de los mismos se transmite. Damos gracias a Jesucristo que ha enriquecido a su Iglesia santa con dones tan grandes, que van configurándonos con Él a lo largo de esta vida terrena, hasta que lleguemos al encuentro definitivo con el Señor en el cielo.

En esta celebración el protagonista principal es el Espíritu Santo, que no es una energía anónima, sino una Persona divina, la tercera de la Stma. Trinidad, que empapa y envuelve de amor a Jesús, el Cristo, el Ungido, el empapado del amor del Padre. Y nos unge a todos nosotros para configurarnos con Jesús, el Hijo único. “El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido... Hoy se cumple esta escritura que acabáis de oír” (Lc 4,21).

Pues bien, esta celebración es siempre presidida por el Obispo, en cuanto sucesor de los Apóstoles, que ha recibido la plenitud del sacramento del Orden para santificar, enseñar y regir al Pueblo de Dios que se le confía. Junto al Obispo, esta corona de presbíteros. En nuestro caso, prácticamente todo el presbiterio diocesano, que en torno al Obispo,

garantizan la presencia salvadora de Jesucristo en medio de su Iglesia, sobre todo a través del sacramento de la Eucaristía. Obispo y presbíteros, presbíteros y Obispo estamos llamados a vivir una profunda comunión eclesial para el bien del Pueblo de Dios que se nos ha confiado. Nada puede hacer el Obispo si no tiene pródigos cooperadores del orden episcopal en los presbíteros que han sido consagrados por el sacramento del orden. Nada puede hacer un presbítero sin el Obispo, pues el sacramento del Orden le ha constituido colaborador subordinado y ha incrustado al presbítero en el corazón de la Iglesia, para amarla hasta entregarse por ella y presentarla al Señor sin mancha ni arruga ni nada semejante, sino santa e inmaculada... Es éste un gran misterio esponsal y yo lo refiero a Cristo y a la Iglesia, como nos recuerda san Pablo (Cf. Ef 5,25ss).

El Obispo no es por tanto una figura decorativa en la Iglesia. Al contrario, él es el gran sacerdote de su grey, y de él depende en cierto modo la vida de sus fieles en Cristo. En el obispo, al que asisten los presbíteros, está presente en medio de los fieles Cristo el Señor (cf. SC, 41).

Querido sacerdotes, somos una familia ungida por el santo Crisma y reunida por la acción de Espíritu Santo. Gocemos en esta celebración de la unión que el Señor ha querido que vivamos unos con otros, de los presbíteros entre sí, de los presbíteros con su Obispo, del Obispo con sus presbíteros. De unos y otros al servicio del Pueblo santo de Dios. Desechemos de entre nosotros todo recelo, toda división, toda crítica amarga. No dejemos lugar al Maligno, que nos acecha con sugerencias de envidia, de prepotencia, de división, de egoísmo en suma. Por el contrario, amémonos unos a otros con el amor de Cristo, y estemos pendientes los unos de los otros para ayudarnos en el cumplimiento de nuestra misión. Cuanto más tiempo llevo entre vosotros más me entusiasma la tarea común que Dios nos ha confiado, a vosotros y a mí, de servir a esta querida Iglesia diocesana de Tarazona.

Sí, somos una diócesis pobre y humilde como María de Nazaret, me gusta repetirme y repetiros continuamente, pero precisamente esta diócesis es la Iglesia del Señor, una, santa, católica y apostólica, en la que Dios quiere hacer –está haciendo- obras grandes. Se nos confía una pequeña porción del inmenso Pueblo de Dios, pero somos la Iglesia que camina en Tarazona y que sirve con humildad a nuestras gentes humildes y sencillas.

“Mi corazón no es ambicioso ni mis ojos altaneros. No pretendo grandezas que superan mi capacidad, sino que acallo y modero mis deseos como un niño de pecho en los brazos de su madre” (Salmo 130). Sí, en los brazos de nuestra madre la Iglesia, en los brazos de María la Virgen. “El Señor es el lote de mi heredad... me encanta mi heredad” (Salmo 17)

Doy gracias al Señor en este año especialmente por las comunidades cristianas del arciprestazgo del Alto Jalón, por cuyas parroquias he pasado la Visita Pastoral recientemente. Doy gracias a Dios por el testimonio de fe de sus gentes, por la gozosa acogida al obispo que les visitaba, y sobre todo por el trabajo día a día de sus curas, que soportan el peso del día y el calor de la jornada en la atención continua a pequeñas comunidades y a núcleos más grandes de población a lo largo de todo el año. Sólo el amor de Cristo puede sostener una dedicación tan constante. Gracias, queridos sacerdotes.

La tarea que nuestra diócesis nos ofrece es una tarea preciosa: anunciar el Evangelio de Jesucristo, santificar a las personas por medio de los sacramentos, reunir y acompañar a

la comunidad que se nos confía para que perseverare en el mandamiento del amor. Hay trabajo para todos, y no tenemos que buscarlo en otro sitio, lo que no impide que estemos siempre dispuestos a servir a la Iglesia universal donde sea. Nos espera el vasto campo de los niños y los jóvenes, a los que transmitir la belleza de Cristo y de su Evangelio, nos esperan los ancianos de nuestros pueblos, a los que llevar el consuelo de Cristo en medio de sus limitaciones, nos espera el trabajo perseverante con los matrimonios y las familias, para ayudarles en su preciosa tarea de vivir como esposos la novedad de la vida cristiana y educar a sus hijos en esta novedad del Evangelio.

No se nos ocultan las dificultades que padecemos: dificultades de personal, dificultades del ambiente, dificultades de una sociedad que pretende construirse al margen de Dios o incluso a veces contra Dios. Pero al mismo tiempo somos conscientes del rico tesoro que Dios ha puesto en nuestras manos. Un precioso tesoro que llevamos en vasijas de barro para que se vea que una fuerza tan grande es de Dios y no proviene de nosotros (cf 2Co 4,7). Caigamos en la cuenta de este inmenso tesoro y no nos acobardemos antes las dificultades. El que nos ha llamado es fiel y cumplirá su promesa (1Tes 5,24). El que ha comenzado en nosotros la obra buena, Él mismo la llevará a término (Flp 1,6).

Hoy más que nunca, el mundo en el que vivimos necesita de Dios, necesita a Jesucristo, único salvador de todos los hombres. Por tanto, hoy más que nunca necesitamos sacerdotes que alienten las comunidades cristianas y apoyen a tantos seglares y personas consagradas, para que cada uno cumpla la misión que Dios nos ha encomendado. No nos cansemos de orar por las vocaciones y revitalicemos nuestra vida cristiana, para que muchos se sientan llamados y el que se sienta llamado encuentre más fácil su respuesta al Señor.

Doy gracias a Dios por los pasos que va dando nuestro Seminario Diocesano en Tarazona. He aquí este grupo de seminaristas, una comunidad internacional, que constituye para todos nosotros una esperanza palpable del futuro de la Iglesia. Ellos ensanchan el horizonte de nuestra esperanza. La calidad de los profesores y la seriedad de la formación en todos los campos están garantizadas. Lo sigo muy de cerca.

Quiero agradecer a toda la diócesis de Tarazona, y especialmente a vosotros queridos sacerdotes, la generosidad manifestada en la reciente colecta en favor del Seminario, signo visible de un interés por esta necesidad de la Iglesia y de la oración escondida que tantas personas elevan al Señor por esta intención. A través de nuestro Seminario diocesano estamos realizando una importante acción misionera desde casa. Estamos ayudando a distintos países de África y de América, que tendrán sacerdotes bien formados en nuestra diócesis, gracias a nuestra colaboración. Y a su vez, la presencia de estos seminaristas entre nosotros es un estímulo constante para que la diócesis vigile y no se duerma ante esta necesidad básica de la Iglesia, la de tener los sacerdotes necesarios para cumplir la misión que el mismo Cristo le ha confiado. Cuando desde nuestra pobreza somos capaces de compartir con otros más pobres lo que a nosotros se nos ha dado, estad seguros que Dios bendecirá esta tarea en la que la diócesis de Tarazona una vez más se muestra misionera con apertura a la Iglesia universal.

Qué alegría cuando me dijeron: vamos a la casa del Señor

La Catedral de Tarazona está en la recta final de su total restauración, que nos permitirá reabrirla en el plazo de poco más de un año. Es una buena noticia, sobre todo después de más de veinticinco años cerrada al culto público. La Catedral es la sede del Obispo y

es la Iglesia madre de la diócesis. Es el templo que nos acoge a todos como Iglesia diocesana que se concreta en un edificio. Es además, un lugar que atesora la historia de siglos de esta Iglesia particular. Volverá a ser el lugar de las grandes celebraciones diocesanas, como ésta que estamos realizando hoy aquí, el lugar de las ordenaciones sacerdotales, el lugar y la casa común de todos los diocesanos. Toda la diócesis debe ponerse en camino para este feliz acontecimiento, y hemos de desear y preparar ya desde ahora esta gracia tan extraordinaria. Doy gracias a Dios por las múltiples colaboraciones que han confluído en esta obra magna, a las autoridades que han aplicado el dinero público para su restauración, a los técnicos de todo tipo y obreros que han trabajado en la misma, y sobre todo a los obispos que han alentado este camino lleno de dificultades. Entre todos ellos, es de justicia destacar el trabajo de mi antecesor don Carmelo Borobia, hoy obispo auxiliar de Toledo, que se ha esforzado como nadie para que la catedral de Tarazona sea restaurada. Que Dios premie sus trabajos y que le conceda disfrutar, como a todos nosotros, de su reapertura.

La reapertura de la Catedral no afecta sólo a las piedras del edificio. Las piedras vivas de la Iglesia sois vosotros (cf. 1Pe 2,4). Es todo un símbolo de una nueva etapa para la diócesis de Tarazona, que nos llena de esperanza. Tenemos que ponernos en camino para revitalizar la vida cristiana de nuestra diócesis, y os invito a todos a dar los pasos adecuados para que Dios nos conceda celebrar en su día un Sínodo diocesano. Un acontecimiento de esta envergadura, la reapertura de la Catedral, bien merece una Asamblea eclesial extraordinaria. Si no lo hacemos, la reapertura de la Catedral serviría sólo para tener un museo más entre nosotros. Con los medios que tenemos y a la medida de nuestra capacidad, podemos pensar ya en esta Asamblea extraordinaria, que tendría una primera fase preparatoria y una segunda fase celebrativa. Hemos de poner en común nuestras inquietudes en torno a la evangelización de las gentes que se nos han confiado. Todos hemos de dejarnos iluminar por la luz de Cristo, que alumbró a todo hombre que viene a este mundo.

El Concilio Vaticano II ha sido un acontecimiento tan grande, que está todavía por aplicar en muchos de sus aspectos. Escuchando lo que el Espíritu Santo ha dicho a su Iglesia en el magno acontecimiento del reciente Concilio y en el Magisterio pontificio que lo viene aplicando auténticamente, hemos de ver la forma de llevar hasta el último rincón de la diócesis sus enseñanzas y sus disposiciones. La reapertura de la Catedral tiene que servirnos para una profunda renovación de nuestra Iglesia diocesana.

Necesitamos crecer en el amor a la Iglesia, descubrir desde la fe su profunda belleza, poner nuestra colaboración decidida para que sea cada vez más ese canal de la gracia para los hombres de hoy. No tenemos que copiar las formas mundanas ni la eficacia de una empresa humana, sino que hemos de descubrir y alimentarnos cada vez más de las riquezas que la propia Iglesia madre ofrece a todos sus hijos.

Buceemos en las entrañas de la Iglesia para saciarnos de sus jugos maternos, acojamos la Palabra de Dios que es viva y eficaz, celebremos cada vez con más esmero la liturgia de la Iglesia, en la Eucaristía y en los demás sacramentos, ofrezcamos al mundo el testimonio de un amor gratuito que brota de la caridad de Cristo, y la fe arraigará en las nuevas generaciones, como está arraigada fuertemente en las gentes sencillas de nuestro pueblos.

Todos llevamos en nuestro corazón preguntas que nos inquietan y para las que muchas veces no encontramos fácil respuesta:

La iniciación cristiana, ¿cómo se hace un cristiano? No dar nada por supuesto ni desaprovechar ni un solo elemento de los que tenemos a nuestro alcance,

el perdón de Dios a través del sacramento de la penitencia bien preparado y bien celebrado, como un recurso muchas veces descuidado,

la centralidad de la Eucaristía, con la adoración a Cristo realmente presente en el sacramento del altar, con la revalorización del aspecto sacrificial de la Misa y la correcta interpretación del banquete en que Cristo es nuestra comida,

la atención preferente a la familia, según el plan de Dios diseñado para el hombre, la transmisión de la fe en la misma familia, en la catequesis y en la escuela, de manera que los jóvenes puedan captar la belleza de la vida cristiana.

La opción preferencial por los pobres (según el Evangelio, no según el marxismo: la opción evangélica por los pobres se hace mirando a Cristo pobre, y está llena de amor; la opción marxista por los pobres se hace para luchar contra los ricos, y está llena de odio), por los necesitados, por los que sufren y no cuentan en la sociedad, como expresión genuina y auténtica de caridad cristiana.

El diálogo con el mundo actual, no para contagiar a la Iglesia del espíritu mundano, sino para empapar el mundo de espíritu evangélico

La relación con el mundo de la cultura, en el que la Iglesia “experta en humanidad” tiene tanto que aportar.

Cada uno de estos temas y otros muchos que podrían enumerarse plantean multitud de interrogantes para los que la Iglesia tiene respuesta desde la enseñanza rica de su viva Tradición y del último Concilio Vaticano II. Además, si nos ponemos en actitud de escucha atenta a lo que nos enseña la Iglesia, si nos hacemos discípulos de esta escuela bimilenaria, es mucho lo que podemos aprender y será mucho lo que podremos dar a nuestros contemporáneos que viven desconcertados por tanta propuestas contradictorias, en las que no se puede poner el corazón.

Os invito a todos a mirar con esperanza este acontecimiento extraordinario de la reapertura de nuestra Catedral y a entusiasmaros con una nueva etapa en la vida de nuestra diócesis, que revitalice la vida cristiana de los católicos, jóvenes y mayores.

Los ataques más frecuentes que hacen vacilar a nuestros fieles se dirigen contra la Iglesia, aunque no faltan los ataques blasfemos al mismo Jesucristo y a su Madre bendita.

Reconozcamos que somos pecadores –obispo, presbíteros y todos los fieles- y pidamos a Dios perdón por nuestros pecados y por nuestra mediocridad, pero no nos sintamos nunca acomplejados por nuestra pertenencia a la Iglesia. Somos católicos, amamos al Papa y nos sentimos en profunda comunión de fe con él, queremos a la Iglesia porque es nuestra madre y nos sentimos comprometidos en embellecer su rostro para que transparente cada vez mejor el rostro de Cristo.

No es momento de disenso en relación con los Pastores, sino de comunión eclesial. No es momento de posturas alternativas, que brotan de una concepción dialéctica de la historia, ya pasada de moda. No es momento de cobardías a la hora de dar la cara por Jesucristo y por su Evangelio vivido y transmitido en su Iglesia. En estos tiempos recios, seamos “amigos fuertes de Dios”, y estemos dispuestos a vivir y a morir como hijos fieles de la Iglesia (Cfr. Santa Teresa, *Vida* 15,5).

Renovemos ahora con gozo nuestras promesas sacerdotales, y preparemos con todo el pueblo santo la renovación de las promesas bautismales en la Vigilia Pascual.

El Espíritu Santo nos ha ungido con la fuerza de Jesús, el testigo fiel, el Primogénito de entre los muertos, el que nos amó y nos ha librado de nuestros pecados por su sangre, el que nos ha convertido en un reino y hecho sacerdotes de Dios, su Padre. A Él la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén.